

Calle14: revista de investigación en el campo del arte

ISSN: 2011-3757

calle14@udistrital.edu.co

Universidad Distrital Francisco José de Caldas Colombia

Ramírez Triana, Camilo Andrés EL ARTE DEL CONFLICTO

Calle14: revista de investigación en el campo del arte, vol. 11, núm. 19, mayo-agosto, 2016

Universidad Distrital Francisco José de Caldas Bogotá, Colombia

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=279049734001



Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en redalyc.org



EL ARTE DEL CONFLICTO

A poco menos de un mes de la realización del plebiscito en que el país debe ratificar o rechazar los acuerdos de paz firmados entre el gobierno y las FARC, presentamos la primera edición de Calle 14 dedicada al tema de "Arte y Conflicto". Desde la "trinchera" del arte hemos hablado y obrado en torno al conflicto en Colombia. El arte y los artistas han estado presentes, y su participación ha sido tenida en cuenta con mayor o menor importancia según los casos. En la actual coyuntura afirmamos que la visión del arte debe aportar a la reconstrucción de la sociedad, pero su aporte real no puede consistir en acompañar la fiesta. Desde el arte se ve un mundo y sus diseños se soportan en un conocimiento que la sociedad ha de reconocer, como ha de reconocer el aporte de las ciencias, para lograr un modelo a la medida de los seres humanos, sensibles, razonables, creativos.

Ya Luis Vargas Tejada, el dramaturgo conspirador, había creado en los inicios de la república una imagen dramática de la agonía de la gran Colombia con su obra póstuma "Doraminta", escrita desde la "cueva de la resignación", donde permaneció cerca de un año ocultándose de la justicia por su participación en el atentado septembrino contra la vida de Bolívar. Pero la imagen visual del periodo de la independencia la construyó José María Espinoza, el "abanderado de Nariño", con el registro pictórico de los próceres y sus batallas, indispensable a la hora de pensar la nación. No menos ocurrió con la música, que se ejecutó en campos, iglesias y salones, acompañando los ejércitos, celebrando sus acuerdos o criticando sus acciones. A lo largo de nuestra historia republicana el arte ha tenido presencia en los procesos sociales. Hoy reclamamos como un derecho, pero también como nuestro deber, un espacio para el arte en el mundo que se aproxima y respeto para las visiones que desde allí se plantean.

El conflicto no solo se piensa desde las artes, forma parte integral de sus estructuras. En ese sentido puede ser pertinente explorar algunas relaciones significativas entre el conflicto como eje de lo dramático y el conflicto como patrón de convivencia en Colombia.

En la arquitectura dramática la muerte ocupa un lugar privilegiado pues afirma con energía los valores del protagonista o los de su contrario, asevera la realidad del drama, su profundidad. Luego del agón, de la lucha definitiva, la muerte es frecuente como desenlace conclusivo, como mecanismo de cierre. También es importante como antecedente o condición de la fábula, como resorte del conflicto o como circunstancia que determina la trama desde las características de los personaies o desde el contexto de la acción.

El teatro colombiano no es una excepción; durante la segunda mitad del siglo XX la muerte como forma de cierre es un procedimiento común y no solo una opción para terminar el relato. En particular la muerte violenta caracteriza, según algunas opiniones calificadas, buena parte de nuestro teatro. "Algo debe morir", parece haber sido un motivo compartido por una generación de teatreros y aunque esto no sea más que un balance arbitrario, baste mencionar algunos títulos para argumentarlo como una presencia significativa: "Soldados", "Guadalupe años sin cuenta", "La agonía del difunto", "La orgía", "El sol subterráneo", entre otros que sería posible rastrear y contrastar con distintas épocas y teatros, en los que la trama parte, gira o llega a la muerte.

No de otra forma podría ocurrir en un país en el que la muerte violenta campea en el conflicto social y ha forjado al fuego vivo sucesivas generaciones de colombianos durante su historia republicana y desde antes aún, en la opinión de algunos que remiten al genocidio de pueblos indígenas en el siglo XVI. Es al menos comprensible que la muerte violenta tenga presencia recurrente en el teatro nacional y no por ello puede decirse que la relación sea directa y natural. Simultáneamente se desarrollan teatros que abordan otros temas y recurren a diversos procedimientos que les dan autoridad

El drama consiste en el otro. Negar su existencia hace del drama una parodia pobre y aburrida, aun con buenas intenciones. La paz de los sepulcros no es lo que potencia el drama. La muerte se muere de aburrimiento en el terreno de una guerra inmarcesible. La buena muerte, la justa, la liberadora, la conclusiva, es solo resultado de una arquitectura dramática donde la confrontación es posible y no el relato de una victoria mentirosa y parcial; aplazamiento de los reales conflictos.

¿Qué decir, entonces, de una nación con más de doscientos años de conflicto armado por convicciones políticas? ¿Cómo juzgar un país que ha soportado múltiples ejércitos activos simultáneamente durante toda su existencia? ¿Qué pensar de una democracia altamente inequitativa que, a doscientos años de independencia al menos relativa, mantiene la guerrilla más vieja del mundo y se apresta a cerrar el camino de las armas para los diferendos políticos?

Que la violencia no resuelve la confrontación lo vamos aprendiendo con sangre de copartidarios y contradictores. Millones de víctimas lo testimonian. No obstante, la paz no resuelve el conflicto; lo pone en trance de transformarse, lo potencia sacándolo de la dinámica del terror y posibilitando la aparición de los verdaderos protagonistas: sectores sociales que luchan por un espacio para construir su visión de mundo. La pacificación del conflicto, desactivando las armas y el miedo, pone a la sociedad en condición de ver los rostros que se han ocultado durante todo este tiempo. Posibilita el reconocimiento de las reales contradicciones y la construcción de los consensos que diseñarán el futuro, en tanto se aprenda la lección elocuente de tantísimos años de confrontaciones armadas. El otro existe y negarlo, acallarlo o desaparecerlo no posibilita el proyecto de nación, lo impide.

De esta manera es posible afirmar que la sociedad colombiana ha distraído con las armas el verdadero conflicto. La violencia ha impedido su desarrollo y el conflicto entre los sectores sociales que conforman la nación tiende a percibirse casi intacto, como si el tiempo no hubiera pasado. No se trata solo de que proyectemos en el pasado nuestra situación y nuestro juicio político se extrapole al juicio histórico. La riqueza no se ha distribuido mejor, la inequidad ha aumentado en los índices actuales; la democracia que puede haberse ampliado, no ha logrado superar vicios inveterados como el clientelismo y la corrupción; la educación y la salud en la condición del siglo XXI, vuelven a ser acusadas de elitistas. Colombia parece haber eludido de manera tozuda enfrentar sus conflictos reales, que no habrían avanzado, confiando en que las armas los habrían de resolver.

Ahora, cocidos en dos siglos de reiteraciones, podemos estar ante un giro profundamente dramático. ¿Habremos al fin de vernos las caras en el terreno de la cultura, del conocimiento, de la economía, de la política, sin desenfundar? ¿Sin omitir al otro? ¿Podremos instalar las con tradicciones de fondo y profundizarlas hasta aproximarnos a los consensos necesarios para la vida? ¿Ocurra lo que quiera con el plebiscito, hallaremos, al fin, un arte del conflicto?

Camilo Andrés Ramírez Triana

